LA TETRALOGIA DE LA SALPETRIERE

Trabajo presentado con motivo de la recepción del Dr. PIERRE JANET en la Academia Nacional de Medicina de México, como Miembro Honorario de la misma

POR EL DR. ENRIQUE O. ARAGON
MIEMBRO DE LA SECCION DE PSIQUIATRIA

En el XIIIer Distrito de París, número que le corresponde por haberlo considerado el de Passy como funesto; en este Distrito calificado como el más pobre de la Ciudad Luz, aun cuando en él se han manufacturado los Gobelinos para los reyes de Francia, y ahora se les fabrica para los magnates; en este Distrito digo, y en el 49º Cuartel comprendido en él, llegando por la línea de Orleans, se admira un gran edificio que en el centro tiene una soberbia cúpula, correspondiendo a su capilla. Es la Salpetriére, llamada así por una fábrica de salitre que ocupó el lugar en el XVIº siglo. El edificio ha sido conocido con el nombre de Hospicio de la vejez, especialmente para las mujeres y destinado a ese objeto desde el gran rey Enrique IV. Pero la mendicidad no solamente se alojó ahí, sino también en su anexo la «Pitié» y en el castillo de «Bicètre». En el siglo XVIIIº la casa referida además de la indigencia, recibió a la locura, a la prostitución y a la delincuencia. En efecto, ahí fueron recluídas las mujeres del pueblo, traficantes de su cuerpo ó culpables de algún delito y posiblemente Manón, la heroína del Abate Prebost, la célebre seductora que no cupiera en un convento y sí, en un salón de baile; la fascinadora Manón conquistadora del Abate Des Grieux a quien trastornara en la iglesia de San Sulspicio; ella, la elegante Manón, fue guardada posiblemente en sus paredes, antes de ser deportada a América en donde murió.

En esos antros eran confinados los sujetos portadores de la locura y como si fueran poseídos infernales se encontraban sujetos con cadenas; a esos lugares, también eran llevados temporalmente los individuos condenados por los tribunales, para ser conducidos después en cuerda de forzados a los presidios de Tolón y de Brest.

En 1795, el Dr. Pinel, médico de Bicètre, en donde primeramente y con anterioridad el Dr. Guillotin había ensayado su siniestro aparato; en esa fecha memorable en los anales de la Medicina, Pinel; haciéndose eco de la Gran Revolución que sacó de las prisiones de Estado y puso en liberbertad a los perseguidos políticos y religiosos; el facultativo genial, médico francés a que me refiero y a quien puede considerarse como el padre de la ciencia de la Enjenaación mental o sea el fundador de la Psiquiatria; él, rompió las cadenas que llevaban los locos, para que éstos fueran tratados como enfermos, desdichados ya en sí por la pérdida de su juicio y merecedores de mayores cuidados. En la vida de Pinel, entre otros muchos hay también un rasgo y gesto heroico: el haber alojado en su casa, cumpliendo la hospitalidad sagrada a Condorcet, perseguido por sus ideas y a quien no entregó, desafiando todos los peligros. Por eso en la actualidad se levanta la estatua de Pinel, frente al boulevard del Hospital, estatua esculpida por el gremio de Ludovico Durand. Pinel, o mejor dicho, los Pinel, consagraron su vida y sus esfuerzos al estudio de la insanidad mental, y digo los Pinel, porque así fue también su hijo y asímismo su sobrino, dedicado éste último a las enfermedades nerviosas, y quien estableció una Casa de Salud en Chaillot y después otra en el Castillo de Saint James en Neuilly.

***

Al primero de los Pinel, sucedió otra gran figura en la Historia de la Medicina: quiero referirme a Esquirol, el amigo de Bichat y de Roux; a Esquirol que hizo su tesis de recepción acerca de las pasiones consideradas como causa de la enajenación mental. Los síntomas y medios curativos de ésta.

La descripción hecha por Esquirol de lo que es en sí, un Manicomio, ha quedado clásica y no resisto a la tentación de traducirla, héla aquí:

¡«Cuántas meditaciones para el filósofo que abandonando el tumulto del «mundo recorre una casa de locos! Ahí encuentra las mismas ideas, los «mismos errores, las mismas pasiones, los mismos infortunios: es el mismo «mundo; pero en semejante asilo los rasgos son más fuertes, los tintes más «marcados, los colores más vivos, los efectos de mayor contraste, porque «el hombre se muestra en toda su desnudez, porque no disimula su pensa«miento, porque no oculta sus defectos, porque no presta nada a sus pasio«nes ni hay la tranquilidad que las suavice, ni a sus vicios las apariencias «que equivoquen».

«Cada casa de locos tiene sus dioses, sus sacerdotes, sus fieles, sus fa«náticos: tiene sus emperadores, sus reyes, sus ministros, sus cortesanos, «sus ricos, sus generales, sus soldados y un pueblo que obedece». «Uno, se

«cree inspirado por Dios y en comunicación con el espíritu celeste y piensa «que está encargado de convertir a la tierra, mientras que otro, poseído «del demonio, entregado a los tormentos del infierno, gime, se desespera, «maldice al cielo, a la tierra y a su propia existencia». «Uno, audaz y te- «merario manda el universo y hace la guerra a las cuatro partes del mundo, «que ha sometido a sus leyes, o que ha librado de las cadenas del despotis- «mo. Otro, orgulloso del nombre que se ha dado, desprecia a sus compañe- «ros de infortunio, vive solo, separado y conserva seriamente un aspecto «tan triste que está a la altura de su vanidad. Este, en su ridícula presun- «ción cree poseer la ciencia de Newton, la elocuencia de Bossuet y exige «que se aplaudan las producciones de su genio que relata con una preten- «sión y una seguridad cómicas. Aquel, no se mueve, ni hace el menor mo- «vimiento, siempre se encuentra en el mismo lugar, en la misma posición, «no profiere una palabra; se le tomaría por una estatua; vive todo dentro «de sí, su inacción lo mata. Consumido por los remordimientos, su vecino «arrastra los débiles restos de una vida que se sostiene con trabajo, haciéu- «dose los más sangrientos reproches, se maldice a sí mismo e invoca la «muerte como el término de los males que lo desgarran. Cerca de él, este «hombre que nos parece feliz y con el goce de toda su razón, calcula el «instante de su última hora con una sangre fría, espantosa; prepara con «tranquilidad y aun con alegría los medios para cesar de vivir. Este des- «graciado día y noche con el ojo y el oído aguzados: la obscuridad, la luz, «el silencio, el ruido, el movimiento, el reposo, todo lo espanta, lo aterro- «riza: tiene miedo a sí mismo. ¡Cuántos terrores imaginarios devoran los «días y las noches de este lipemaniaco! Alejémonos prontamente de este «otro, que tiene una impresión dolorosa que lo inqnieta, lo agita, lo exas- «pera, lo hace furioso, se cree traicionado, perseguido, deshonrado y tiene «necesidad de sospechar y odiar a enemigos que ve en todas partes: en su «venganza desenfrenada no respeta a ninguna persona. Aquel, juguete «del extravío de su sensibilidad y de la exaltación de su imaginación que «lo irritan se encuentra en un estado habitual de cólera, rompe, destruye, «quiebra, desgarra todo lo que cae en sus manos: grita, amenaza, golpea, «alegando siempre un motivo para justificar el espantoso desorden de sus «acciones. Aquel, que veis encerrado, es un fanático que vocifera, blasfe- «ma y condenado a los fuegos del infierno, pretende convertir a los hom- «bres: es por el bautismo de sangre que quiere purificarlos, ya ha sacrifi- «cado a dos de sus hijos. Este insensato, en la explosión sonora de su deli- «rio, es de una petulancia incoercible, parece pronto a cometer los mayores «desórdenes, pero no perjudica a nadie. Al ver la actividad apresurada de «éste, creeríais que algún grande interés lo anima, que su destino depende «de su marcha; en la irregularidad de sus movimientos choca, golpea todo

«lo que lo rodea, tira todo lo que encuentra, os persigue y os molesta con «su jeringonza incapaz de detener y a pesar de este torrente de palabras, «no dice nada, no piensa nada Aquel otro, transportado en su contento, «pasa su vida en procurarse goces y ríe sin cesar estrepitósamente. Sin «embargo, ¿quién puede excitar su alegría y qué puede esperar? No tiene «ningún recuerdo de ayer ni ningún deseo para mañana. Así en una casa «de locos se puede al mismo tiempo oír los gritos de alegría mezclados con «los del dolor. La expresión de la felicidad al lado de los gemidos y de la «desesperación: se ve el contentamiento de los unos y las lágrimas de los «otros».

«En una casa de locos, las ligas sociales se han roto, los hábitos se han «cambiado, las amistades cesan, la confianza se ha destruído: se obra sin «decoro, se daña sin odiar, se obedece por temor, cada uno tiene sus ideas, «sus afecciones, su lenguaje; no teniendo ninguna comunidad de pensa- «miento, cada uno vive solo y para sí. El egoísmo aisla todo. El lenguaje «está ultrajado, falseado y desordenado como los pensamientos y las pasio- «nes que expresa, Semejante asilo no está exento del crimen: se denuncia «se calumnia, se conspira; se entrega al más estúpido libertinaje, se viola, «se roba, se asesina; el hijo maldice a su padre y la madre deguella a sus «hijos. Si penetramos más lejos, vemos al hombre, descendido del alto «rango que lo coloca a la cabeza de la creación, despojado de sus privile- «gios, privado de su más noble caracter y reducido a la condición de la «criatura más estúpida y más vil. No piensa, no solamente no tiene ideas «ni pasiones, pero ni aun las determinaciones de los instintos más bajos. «No pudiendo proveerse él mismo de los elementos para su subsistencia, es «incapaz a veces de aproximar a sus labios los alimentos que la ternura o «la beneficencia le entregan; se revuelve en su propio estiércol y queda «expuesto a todas las influencias exteriores y destructoras. Rara vez re- «conoce a sus semejantes: no tiene el sentimiento de su propia existencia».

«En este conglomerado de enemigos que no saben sino esquivarse o «perjudicarse, ¡cuánta dedicación!, ¡cuánto sacrificio!, ¡cuánto celo!, no «hay que poner para encontrar la causa y el principio de tantos desórdenes; «para traer a la razón estas inteligencias tan cambiadas; para conjurar «tantas pasiones diversas, para conciliar tantos intereses opuestos..... «en fin, para volver al hombre a ser lo que es: el hombre mismo. Para «ello, es preciso corregir y enderezar el criterio de unos, animar y sostener «al otro, obrar con energía sobre el espíritu de éste; llegar hasta el corazón «del de más allá. Uno quiere ser conducido por el temor, otro por la dulzu- «ra o la suavidad....todos por la esperanza y sin embargo, aquel médico «que se sacrifica así en bien de los demás, no puede prometerse como re- «compensa más que el bien que hace. ¡Qué puede esperar un médico que

«tiene siempre pena cuando el éxito no lo ha alcanzado, a quien se le da «rara vez la razón, cuando tiene éxito y que es perseguido por los prejui-«cios de la gente ignorante en el bien que ha obtenido!»

Así se expresaba el gran Esquirol y así describía y pintaba como obra maestra en una tela el medio en que actuaba. ¡Quién había de suponer que el que fuera un joven seminarista de San Sulspicio, había de trocar después el hábito, para acompañar a los ejércitos en la defensa de la Patria! ¡Quién podría sospechar que este mismo hombre, habría de defender a los débiles ante el Tribunal Revolucionario, exponiendo su cabeza! Esquirol fue el gran médico que dió la definición clásica de la locura: «La enajenación mental es una afección cerebral, ordinariamente crónica, sin fiebre y caracterizada por desórdenes de la sensibilidad, de la inteligencia y de la voluntad». El fue quien diferenció los cuatro puntos cardinales dentro de los cuales se englobaban las perturbaciones del espíritu en aquel entonces, a saber: la melancolía o lipemanía; la manía, la demencia y la idiotez.

También se ocupó de los estados mono-maníacos, presintiendo las obsesiones sistematizadas; y se sacudió ante la contemplación de los suicidas, pues frecuentemente encontró a los locos ahorcados ellos mismos con las sábanas de su casa o llenos de la sangre que había manado por las heridas hechas con los instrumentos que habían podido ocultar disimuladamente.

Tal fue el médico que ejerció a dos leguas de París, en el establecimiento histórico de Charenton, colocado cerca de las márgenes de los ríos Sena y Marne y desde donde se contemplan inmensos jardínes llenos de verdura y de flores.

En 1817, estableció su clínica acerca de las enfermedades mentales, que tuvo un eco resonador y todavía más, estableció un premio anual de 300 francos para la mejor tesis de cada uno de sus alumnos. Este fue el hombre que aprendió de Pinel, en la Salpetriére, los síntomas de la insanidad psíquica, síntomas que pacientemente apreció durante muchos años y que después valorizados legó a las generaciones futuras, como él los heredó a su vez de las enseñanzas de Pinel.

Las generaciones subsecuentes, recogieron la dádiva y por eso las monomanías de Esquirol, se pueden considerar como el punto de partida de los delirios parciales, estudiados por Falret y del delirio crónico sistematizado considerado por Magnan. La Patología mental en Francia, de entonces a acá puede considerarse como de las que marchan a la vanguardia del mundo, cuando ha tenido representantes de la talla de Calmeil, de Moreaux de Tours, de Morel, de Douchenne de Boulogne y de tantos otros que han enriquecido la ciencias con sus observaciones. Pero cuando la Salpetriére es el punto de convergencia de todas las miradas, al grado de llegar su popularidad a los ámbitos de toda la tierra, es cuando se encuentra al frente

de ella Charcot, el eminente profesor que seduce con sus explicaciones y admira con sus teorías, al grado de como dice el Dr. Morand, van de todos los países los pro-hombres para asistir a su clínica.

***

En la época de Charcot, hay que distinguir dos etapas: la primera en que se hacen estudios neuro-patológicos, teniendo como ejemplares a tabéticos, paralíticos, afásicos, epilépticos, coreicos, polineuriticos, parkinsonianos, etc., es decir, toda una corte de los Milagros, cuyos ejemplares son enfermos medulares o cerebrales, en los que se logra un gran adelanto, estableciendo las localizaciones del mal, como está consignado en las lecciones recogidas y publicadas por Bourneville,

La segunda etapa, es quizá de mayor renombre, porque es cuando se estudia de un modo particular y principal la neurosis de la histeria, especie de Proteo multiforme que seduce por sus aspectos extraños y por su teatralidad.

Ya con anterioridad los estudios de Mesner, médico alemán que hizo furor en el tiempo de Luis XVI y de María Antonieta; las elucubraciones de Cagliostro y de los hermanos Puysegur, las del abate Faría, este de origen portugués; estudios todos llevados a París, así como los de Braid en Inglaterra, tratando de interpretar el hasta entonces llamado magnetismo animal y las anotaciones hechas por Azam en Burdeos, acerca de los desdoblamientos de la personalidad, habían preparado el terreno. Y entonces se pudo contemplar el fenómeno curioso de un público variado que concurría semanariamente a presenciar los experimentos de Charcot, que eran efectuados en conferencias célebres que han pasado a la historia. El público estaba constituído por literatos, por hombres de la buena sociedad, por médicos y por mujeres distinguidas que se apresuraban a llegar los domingos por la mañana a hora temprana para tomar buen lugar y poder asistir al espectáculo interesante que se les ofrecía en cada sesión. Charcot es el que había dividido la grande historia de forma convulsiva en cuatro períodos, a saber: el primero, de ataque, con sus convulsiones tónicas y clónicas precedidas de aura. El segundo período o de contorsiones, llamado también de clownismo, con su fase de arco de círculo en que las enfermas apoyaban en el suelo pies y cabeza, quedando el cuerpo levantado. El tercero, o de las actitudes pasionales, en que las pacientes expresaban según el caso, el espanto, el amor o la voluputosidad; y por último el cuarto y último período, de delirio, con las ilusiones y las alucinaciones más extravagantes. Es el mismo Charcot, el que al estudiar los fenómenos hipnóticos había considerado en ellos, las tres fases: de catalepsia, de letargia y de sonambulismo y era notable ver como todas estas mujeres asiladas en la

Salpetriére y divagando cada una en la forma más extraña, por los corredores del asilo, quedaban estáticas y como si fueran estatuas inmóviles, al sonido brusco de un campanillazo o de la vibración de un diapasón. Parece como si las sorprendiera un maleficio, a semejanza del cuento de «La bella durmiente del bosque». Otras veces era la videncia a distancia o la telestesia la que se ponía en juego, o bien el «transfert» y la doble conciencia; y todas estas manifestaciones extrañas, todos esos fenómenos sugestivos, eran presenciados hebdomadariamente por esa multitud a que me refería y que después de haber atravesado las bóvedas Mazarino, Montyon y Hemey y de recorrer tres grandas patios, llegaba al local donde el profesor explicaba los hechos,

Hay un cuadro célebre de André Brouillet, que nos da una idea del público que las contemplaba: el Dr. Babinski sostiene en sus brazos a una mujer histérica en estado de hipnosis; Charcot explica el caso y se encuentran como oyentes, en diversas posturas y haciendo sus anotaciones médicas, celebridades cuyo solo nombre nos ilustra respecto a la categoría elevada del auditorio. Sus nombres son Debove, Mathias Duval, Ribot, Joffroy, Brissaud, Feré, Paul Richer, Pierre Marie, Gilles de la Tourette y otros más de la misma talla.

En Francia, la ciencia como el arte; y la filosofía como las creencias, no han sido únicas, sino múltiples y es que los ingenios brotan por todas partes y discuten todas las doctrinas antes de aceptar apriorísticamente cualquiera discusión. No me voy a detener en el Asilo Clínico de Saint-Anne, célebre por sus investigaciones, sino que quiero hacer esta referencia porque sin quitar mérito a la Salpetriére y decir la Salpétriere, es decir la Escuela de París; frente a ella ha existido y todavía se perpetúa otra Escuela: la de Nancy, que profesa ideas opuestas y los contendientes también son de renombre cuando se llaman Liebault, Beaunnis y principalmente Bernehein. Mientras que la Escuela de París profesa la opinión de que toda histeria, tanto en hombres como en mujeres se desarrolla en un terreno patológico o es patológica por su naturaleza misma; la de Nancy cree, que es un fenómeno que puede producirse en sujetos sanos y todavía más, que su uso no perjudica, aniquilando la voluntad y la personalidad. Las tres conclusiones a que la Escuela de Nancy ha llegado y que el Dr. Morand señala son, a saber:

1ª—«La hipnosis es ante todo, un asunto de sugestión; esta es la que «domina la escena y produce el sueño».

2ª—«Los tres estados clásicos de la Salpetriére (letargia, catalepsia y «sonambulismo) son creaciones artificiales, fruto de la educación «y de la instrucción; en las condiciones ordinarias no se presentan «nunca como manifestaciones primitivas y expontáneas, sino que «se las reconoce como grados en la hipnosis».

3ª—«La hipnosis lejos de ser especial a los hipnóticos, se ejerce por el «contrario, tanto mejor y más eficazmente, cuanto más se halla «normalmente constituído el sujeto a quien se aplica».

Dejemos por lo pronto a un lado a cada Escuela con sus opiniones copondientes, que no es este el momento de discutirlas; pero baste para señalar el prestigio de Charcot y lo maravilloso de sus enseñanzas, el decir que en la explanada colocada delante de la Salpetriére y mirando a la fachada del Hospicio, frente a la estatua de Pinel se encuentra la levantada a la memoria de Charcot e inaugurada con toda solemnidad el 4 de diciembre de 1898.

***

Pasemos ahora a la cuarta época actual que completa y de un modo brillante la tetralogía. Así como en el arte, la tetralogía ha estado compuesta por las cuatro figuras admirables del Aristo, del Dante, del Tasso y del Petrarca; así mismo la tetralogía de la Salpetriére, ha estado formada por Pinel, por Esquirol, por Charcot y por Janet. Este último cierra el ciclo y así como hemos dicho los Pinel, de la misma manera debemos marcar los Janet.—Janet pertenece a una familia de sabios: Paul Janet, el notable filósofo, que ha dejado recuerdos imperecederos acerca de sus altas consideraciones metafísicas, y que tomó participación en los acontecimientos políticos de 1848, fue tío de nuestro huésped, que con su presencia honra a la Academia Nacional de Medicina de México. Paul Janet, miembro de la Academia Francesa, es el que afirmó que no había mejor confidente habitual, que la libertad de pensar, y agregaba. «Poca filosofía trae el escep«ticismo, pero mucha, aleja de él y entonces entra el espíritu en un dog»matismo limitado; pero inquebrantable. Este es el consuelo de los hombres elevados, que haciendo a un lado las penas del batallar de la vida y de la envidia de los imbéciles, entran como Epicuro dentro de su jardin para confortarse y gozar de los placeres puros que hay en el fondo de la conciencia».

El Dr. Pierre Janet cuenta con un hermano distinguidísimo, el Dr. Julio Janet, interno en el servicio de Dumontpallier en el Hotel-Dieu y quien ha hecho exploraciones interesantísimas en las histéricas. Baste corroborar como comprobación, la personalidad desdoblada en Blanca Witt y cuyo desdoblamiento no va en zaga a Félida, la histérica de Tolosa señalada por Azam. Julio Janet para curar a Blanca Witt, da su famosa fórmula y realiza el éxito. La fórmula es la siguiente: «Si queremos curar a una his«térica de un accidente, no es a la primera personalidad a la que debemos «dirigirnos sino a la segunda, porque esta es la causa del mal y la única «que puede remediarlo». Esta fórmula es también la que han admitido

Binet, Feré y sobre todo Carlos Richet en sus experimentos hechos con las «mediums». Ya veís cuanta razón tenía yo señores Académicos al afirmar que Pierre Janet, es de cepa de grandes intelectuales, no solamente por sus antepasados, sabios en la Historia de Francia, sino también por su familia que en la sangre de sus venas, ha acrecentado y acumulado el valioso acervo.

Pierre Janet, nacido en 1859; admitido en la Escuela Normal Superior en 1879 y Doctorado en Filosofía en 1882, es el médico que conquista su Doctorado en letras con su tesis notable acerca del «automatismo psicológico». Si hojeais sus últimas páginas, vereis que en algún párrafo de ellas, las cuantas líneas que contiene, bastan para fundar el criterio espiritualista, a pesar de los que pretenden que los estados de conciencia son epifenómenos fisiológicos. El Dr. Pierre Janet, fue nombrado suplente de Ribot en el Colegio de Francia, en 1895 y Director del Laboratorio de Psicología en la clínica de Salpetriére desde 1889. Ahora es Miembro Titular del Colegio de Francia y de la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Aquilatar la obra de Pierre Janet en unas cuantas frases de un discurso, es tarea imposible y por eso, solo me voy a referir a la parte principal y esencia de su labor. Si a Pinel debe considerársele como el revolucionario que acabó con un mundo de prejuicios y fundó la enajenación mental: si a Esquirol hay que llamarle el continuador y el investigador, que puso las bases para la clasificación del cuadro nosológico de la insanidad psíquica; si a Charcot se le tiene como el divulgador interesante que hizo que el universo entero fijara y concentrara sus ideas en sus exhibiciones de la Sala de la Salpetriére; a Janet hay que conceptuarlo como el espíritu sintético que teniendo las dotes de sus tres precursores, realiza la maravilla de superponer a los estudios anatomo-patológicos y fisiológicos-patológicos hechos hasta la fecha, el de la Psicología a la que incrusta con letras de oro entre los demás conocimientos.

El año pasado al seno de esta Corporación, os traje señores académicos y os cumplí un ofrecimiento al entregaros mi trabajo acerca del concepto Pitiático de la Historia, que sobre el particular tiene Babinski y esto motivó una seria discusión, Hace menos de seis meses os dí mi opinión acerca de la Psicastenia como enfermedad psicológica, estudio que desarrollé hace dos años en la Cátedra de Psiquiatria en la Facultad de Altos Estudios. Ahora vengo gracias a vuestra designación, para deciros que el profesor Janet piensa que la histeria es una enfermedad psicológica y esto no a últimas fechas. Su credo ha sido fuerte y vigoroso a la vez que persistente. Al estudiar el estado mental de las histéricas, Pierre Janet ha distinguido perfectamente los estigmas, de los accidentes y entre los primeros ha señalado: las anestesias, las amnesias; las abulias, las perturbaciones de mo-

vimiento y las modificaciones del caracter, ¡Qué asombro! cuando sagazmente nos dice que las anestesias, que la disminución del campo visual y aun la ceguera histérica, no son sino casos particulares del fenómeno «distracción», es decir, alteraciones morbosas, pero de la «atención» que es un fenómeno psicológico.

En su obra de las Neurosis, claramente define el caracter psicomorboso de la histeria, cuando dice: «*Ella no es sino una forma de la depresión men-*«*tal caracterizada por el estrechamiento del campo de la conciencia personal* «*y por la tendencia a la disociación y a la emancipación de los sistemas* «*de ideas y de las funciones que por su síntesis constitugen la personalidad*».

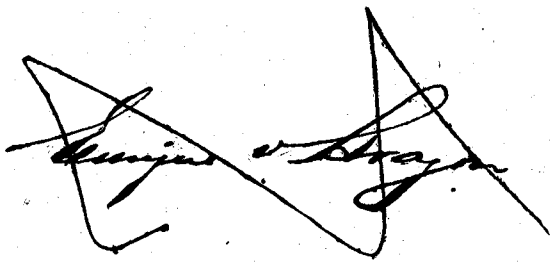
La histérica en resumidas cuentas, es incapaz de hacer su síntesis propia y al médico toca: primero, averiguar las causas y sus modalidades; y segundo, instituir el tratamiento correspondiente. Janet, en resumen, viene a ser el último investigador en la enfermedad de referencia; que ha tenido sucesivamente dentro como paladines a Sandras, a Lasegue, a Briquet, y posteriormente a Sollier, con sus concepciones de los sueños parciales del cerebro y de las inhibiciones localizadas: y a Grasset con su polígono famoso y con sus psiquismos superior e inferior.

Tal es el profesor que en colaboración del Dr. Raymond, comparte la lucha en la Salpetriére, así como con otros muchos colaboradores para seguir descubriendo el velo de Psiquis.

Los encantamientos de la India misteriosa; las prácticas ocultistas de los «Yogui» y de los «fakires»; los fenómenos de levitación' y los aportes, así como los pases a que acudían los antiguos Derviches; las serpientes dominadas por los viejos magos del Egipto; la vista a distancia que practicaban los Orientales, los fenómenos supra-normales de que nos habla el Dr. Joire, así como las casas embrujadas; las alucinaciones telepáticas a que se refiere la «Sociedad Inglesa de Investigaciones Psicológicas» en su famosa obra de «Fantasmas de Vivientes», estando a la cabeza de dicha Sociedad Gurmey, Myers y Podmore; los fenómenos milagrosos que se aprecian de un modo sorprendente en Lourdes; en fin....todo esto que nos seduce por lo extraño y nos trae la curiosidad por lo mucho que tiene tras sí, porque de ello conocemos muy poco, va paulatinamente desprendiendo cada una de las gasas que ocultan su esencia, para pasar al dominio de las cosas sabidas y conquistadas. Pierre Janet ha emprendido también un viaje a través de las creencias y de las supersticiones de los diferentes pueblos y en su Medicina psicológica, ha ido separando poco a poco lo que es del dominio del charlatán y lo que pertenece al hombre verídico, serio y formal; lo que es de la incumbencia del embaucador y lo que corresponde al investigador serio que en su gabinete, en su clínica ante los enfermos, en su laboratorio o desde su mesa de trabajo, medita y compulsa; reflexiona y rec-

tifica antes de entregarlo al dominio de la publicidad, sancionado por la razón y la experiencia.

Señores Académicos: en el transcurso de poco más de un año, este Honorable Cuerpo, el primero en la República por las altísimas dotes intelectuales y morales de quienes lo integran, ha crecido en su número, recibiendo entre otras, a tres grandes personalidades y las tres de Francia: la primera personalidad llegada, fue el inolvidable Georges Dumas, el modesto hombre de ciencia que nos deleitaba al desarrollar la plástica de los estados emocionales; la segunda personalidad, ha sido el sabio biólogo Eugene Gley, a quien hemos admirado en sus profundas exposiciones acerca de endocrinología, y la tercera figura, notable como las anteriores, es el Dr. Pierre Janet a quien escuchamos, podría decir, casi religiosamente en el desarrollo que efectúa de la psicología de los sentimientos como encausadores de la conducta humana, en nuestra Facultad antes de Altos Estudios y hoy de Filosofía y Letras.

Puede pues la Academia de Medicina, estar orgullosa y tener entre sus timbres de gloria, este: contar en sus filas a los tres sabios franceses ya mencionados.

Dr. Pierre Janet, al recibiros la Academia Nacional de Medicina de México, como su Miembro Honorario, ella os saluda y desea que al volver a vuestra Patria, llevéis una buena impresión de la nuestra, pero al mismo tiempo pretende arrancaros una promesa y es que en lo venidero, seguiréis enviándole los resultados de vuestros futuros descubrimientos. Ya lo sabéis muy bien: el ideal se coloca como punto de meta para llegar a él, pero tan pronto como se llega casi a alcanzarlo, nace un nuevo ideal u otros más y la humanidad prosigue su marcha sin fin, tras del alcance de ellos, que nunca terminarán de presentarse.